

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

KENNETH GALBRAITH, JOHN, *The Great Crash, 1929*, The Riverside Press, Cambridge, Mass., 1954-55.

En los anales de la historia contemporánea, hay varias fechas, varios años, que al solo soplo de su evocación encienden recuerdos algunas veces desfavorables: 1914, 1917, 1929...

1929, a más de los trágicos sucesos a que dio lugar, fuente inagotable de un importante sector de la novelística contemporánea de Norteamérica, sirvió para hacer reflexionar —como todas las épocas críticas— a importantes núcleos de pensadores de todos los países que trataron de encontrar las causas, los orígenes del “gran derrumbe”. Hubo por aquel tiempo un sinfín de opiniones que provocaron intrincadas controversias, mientras Roosevelt el II, olvidándose del *laissez-faire* y disgustando a más de un ortodoxo magistrado de la Suprema Corte estadounidense, sacaba a flote con el *New Deal* a la economía norteamericana.

La recuperación, las obras públicas, el pleno empleo, la seguridad social, ocuparon pronto los primeros planos de la actualidad y muy pronto el espectro que recorriera Norteamérica, fue olvidado.

Hace algunos años, sin embargo, Colin Clark, el inteligente economista australiano, comenzó —en Occidente— a hablar nuevamente de depresión, mientras que Eugen Varga, el soviético, predecía un nuevo desplome de la economía norteamericana. El libro del que ahora nos ocupamos *The Great Crash, 1929*, de Kenneth Galbraith, sin aventurar opiniones definitivas, nos habla de aquel histórico suceso a la Cartier-Bresson.

Se quiere, en principio, dar la atmósfera que precedió a la gran quiebra, la de la crisis misma y la de los años

de depresión que la siguieron. El autor ha consultado todos los documentos que pueden encontrarse (el *New York Times*, el *Wall Street Journal*, etc.), pero su intención no ha sido dar un libro técnico más, sino relatar la dramática historia de 1929 a los jóvenes de hoy que no vivieron la catástrofe: los que están en “total inocencia”. Pero no sólo a ellos, sino a todos los americanos que se preguntan desde hace diez años si habrá “otro 1929”. *The Great Crash*, interesará, pues, al gran público y a todos aquellos que quieren estar alerta frente a los problemas capitales de nuestra época.

Ya lo hemos dicho, no se trata de un libro técnico, puesto que el desarrollo de los acontecimientos y las explicaciones de sus posibles causas están hechos en un lenguaje accesible al no especialista, explicando la terminología económica cada vez que algún concepto puede parecer ambiguo o demasiado ajeno a los términos de uso corriente, para que pueda ser entendido por todos.

El estilo es narrativo y descriptivo. La narración está amenizada por lo que podría llamarse “la historia entre bastidores”, con el desfile de las personalidades que a la vista del público —o detrás del telón—, jugaron un papel importante en el frenesí especulativo que condujo al colapso. Las anécdotas de John J. Roskob, “director de General Motors, aliado de los Du Pont y presidente del Comité Nacional Demócrata”, de William Crapo Durant, organizador de la General Motors en 1920 y expulsado luego por Roskob y los Du Pont, de los siete hermanos Fisher, de Arthur W. Cutten, de los “líderes de las finanzas”,

en una palabra, de los responsables del "optimismo y la confianza sin límites" del americano medio, nos dan importantes indicios del "estado de ánimo" de la época.

¿Cómo si no Coolidge, el 4 de diciembre de 1928, iba a decir que pueblo y Congreso debían "enfrentarse con satisfacción al presente y anticipar el futuro con optimismo"?

Galbraith consigue dar el clima de los años veinte, llenando su escenario con los hombres que actuaron sobre ese ambiente y que se vieron arrastrados en el torbellino. Se explica la ineptitud del *Federal Reserve System*, la inocencia de Coolidge y de Hoover, los errados consejos de los profesores de Princeton, Yale y Michigan que rodeaban a los financieros de los *trusts*. El autor, queriendo concretar y basarse siempre en el "tempo" de la vida norteamericana de entonces, nos habla del paraíso que quiso hacerse de la Florida, donde proliferaron en unos cuantos meses Miami Beach, Coral Gables, Palm Beach y las ciudades del golfo, como una nueva "Riviera de América" y que sólo puede explicarse a través del "desordenado" deseo de hacerse más ricos cuanto antes y con el menor esfuerzo.

Sobre esta malla de sucesos y personajes, en donde también danza Churchill y el Banco de Inglaterra, Galbraith traza las causas del colapso de la bolsa de valores, que ve no en la expansión del crédito y la baja de la tasa de interés, sino en el estado de ánimo —*the mood*—, el sentido desbordado de confianza que caracterizó la orgía de especulación. Dicho colap-

so, cuyo origen debe situarse en la primavera de 1927 —según la opinión del profesor Robbins— en que después de la visita a los Estados Unidos hecha por los directores de los Bancos de Inglaterra, Francia y Alemania, para pedir una política monetaria benigna, la tasa de redescuento bajó del 4 al 3.5 %, precipitando al público hacia la especulación. Además, la quiebra es contemplada como una parte de la debilidad general de la vida económica, que se manifestaba en los siguientes aspectos: 1) La mala distribución de los ingresos, 2) la mala estructura de las empresas (trusts de inversión y compañías de acciones), 3) la mala estructura bancaria, 4) el estado dudoso de la balanza exterior, 5) la incapacidad demostrada por los consejeros economistas.

Galbraith examina estas causas, y especula sobre la posibilidad de que volviera a producirse una depresión semejante, llegando a la conclusión de que esas condiciones desfavorables han sido remediadas en cierta medida y que, por lo tanto, es difícil que vuelva a producirse el fenómeno. Cree, sin embargo, que el recuerdo de 1929 debe seguir grabado profundamente en la "conciencia nacional".

En resumen, se trata de una "biografía", de un libro *descriptivo* sobre la Gran Crisis que intenta, no obstante, descubrir las *causas inmediatas* de ésta. Los especialistas encontrarán en él un acopio valioso de datos a la vez que un panorama general de mucho interés y viveza.

ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

American Economic Association, *Readings in Fiscal Policy*. Londres: George Allen and Unwin, Ltd., 1955. 596 pp.

La asociación de economistas bajo cuyos auspicios se publica esta obra, el hecho de que forme parte de una co-

lección que cuenta con volúmenes de tanta calidad como el tomo sobre la teoría del comercio internacional,<sup>1</sup> y

<sup>1</sup> Ensayos sobre la teoría del comercio internacional, México: Fondo de Cultura Económica, 1953 (traducción del original inglés).

el prestigio de los economistas encargados de la edición del presente volumen —los profesores Arthur Smithies y J. Keith Butters— constituyen elementos que predisponen en favor de la calidad de esta colección de ensayos sobre política fiscal. Sin embargo, a medida que se estudian los artículos seleccionados, la forma en que han sido ordenados en los diferentes capítulos, las preferencias en cuanto a los temas principales, y la forma como está definido y cubierto el campo de la política fiscal, se confirma una vez más que el hábito no hace al monje. La desilusión es particularmente acentuada en el lector extranjero, que no podrá dejar de observar cierto “provincianismo” tanto en la selección de autores como en la elección de los temas principales, y que ve frustrada en buena medida su búsqueda cada día más urgente de análisis, metodologías, enseñanzas o por lo menos sugerencias que lo orienten en la mejor comprensión de los problemas económicos de su propio medio.

El volumen se inicia con una introducción escrita por los editores que comienza con la siguiente definición: “La política fiscal... es una rama de la economía que traslapa parcialmente las ramas de finanzas públicas, de moneda y banca, y del ciclo. Su propósito central es el análisis de los efectos globales de los gastos e ingresos públicos sobre el ingreso nacional, la producción y la ocupación... La presente colección trata, además, de indicar la relación existente entre la política fiscal entendida de esta manera y otras políticas estrechamente relacionadas con ella...” Hay otro párrafo de la introducción que es conveniente mencionar porque parece haber sido el que en definitiva informó el criterio de selección de los artículos. Escriben los editores: “El volumen no sólo trata de cubrir el campo de la política fiscal, sino también de mostrar la evolución de este aspecto de la

doctrina económica durante la pasada generación...” Y en efecto, los problemas que más interesaron a los economistas norteamericanos durante los últimos 25 o 30 años —la depresión y la guerra con su secuela de presiones inflacionarias y una considerable deuda pública— son objeto de la atención de alrededor de las dos terceras partes de los treinta y cuatro artículos que contiene el volumen. Pero más vale examinar los diversos temas en el mismo orden en que se encuentran en el libro.

El primer capítulo consta de un artículo único de Jesse Burkhead intitulado “El presupuesto equilibrado”. Aun cuando el tema del artículo —el pensamiento de los clásicos, neoclásicos y keynesianos en materia de equilibrio presupuestal— no es lo más apropiado para servir de introducción a la política fiscal, el ensayo de Burkhead es indudablemente uno de los más interesantes de la colección, especialmente cuando se refiere al pensamiento de los economistas clásicos. La posición de éstos en favor del *laissez faire* y en contra de la excesiva participación del Estado en la economía, y consecuentemente en favor también de un presupuesto equilibrado —ya que la posibilidad de contraer deudas podría acentuar la influencia del Estado— es bien conocida. Los argumentos usados, sobre todo los de Adam Smith, han pasado a formar parte del folklore económico en la controversia sobre el papel del Estado en la economía. Pero —advierte Burkhead— lo que se ha olvidado con el transcurso de los años son las bases en que los clásicos asentaban sus opiniones. Éstas se relacionan naturalmente con la función económica que desempeñaba el Estado en aquel período. Si en vez de citar los tan conocidos párrafos condenatorios, se revisa aquellos otros, sometidos a discreto olvido, en los que se analiza el problema de la intervención estatal a la

luz de las condiciones imperantes en aquel momento histórico, se verá cómo éstas han cambiado en la mayor parte de los países del mundo. Para los clásicos la excesiva intervención estatal era una maldición porque ello significaba traspasar capital de los sectores productivos de la economía a las manos irresponsables de un monarca que destinaría los fondos a financiar guerras, a mantener una corte y la pompa real, a construir palacios y a regalar a sus favoritas. Usando un lenguaje más técnico, el Estado era una institución ineficiente desde el punto de vista de la creación del ingreso y la riqueza, puesto que su principal característica era el consumo conspicuo tanto del uno como de la otra. Pero esta última frase parece conocida, y bien vale una pequeña digresión. Se la está usando frecuentemente en nuestros días y especialmente en los países poco desarrollados, pero ya no aplicada al Estado, sino que por el contrario, a los que constituyen las clases parasitarias de nuestro tiempo. Porque la función moderna del Estado es precisamente la de evitar el desperdicio de los recursos de la comunidad y la de acelerar la formación de capital. Y esto se debe en gran parte a que los gobiernos en nuestros días no pueden permitirse el lujo de desconocer por mucho tiempo los anhelos y aspiraciones de sus gobernados, lo que no era el caso cuando el monarca poseía un mandato divino. De todo lo cual se infiere que el argumento de los clásicos es tan válido ahora como antes, solamente que la puntería debe hacerse ahora en otra dirección porque en la gran mayoría de los países el Estado se ha convertido precisamente en el agente más dinámico de la sociedad, sobre todo en los países poco desarrollados.

Por cierto que el autor no lleva su argumentación tan lejos como se ha llegado aquí, ni por este camino. En

cambio continúa su análisis con los neoclásicos, observando que con ellos el tema de la política fiscal —como tantos otros temas económicos importantes— desaparece prácticamente de la literatura económica, siendo hasta cierto punto reemplazado por la “ciencia independiente de las finanzas públicas”.

Finalmente, el autor se pregunta por qué, a pesar del gran auge intelectual del keynesianismo, la práctica presupuestaria en los Estados Unidos continúa adherida a los principios clásicos. Después de un detenido análisis no puede sino asignar gran importancia al folklore clásico. Una conocida cita de Keynes contribuye con buena parte de la explicación: “Los hombres prácticos, que se creen libres de influencias intelectuales, son generalmente esclavos de algún economista difunto.”

El segundo capítulo se refiere a la política fiscal en un período de recuperación cíclica. Contiene cinco artículos escritos entre 1933 y 1941, todos referidos a la situación que en esos años prevalecía en Norteamérica. Los más interesantes son sin duda una carta de Keynes al Presidente Roosevelt, admirable si se considera que fue escrita en 1933, y un excelente artículo de Gunnar Myrdal en el cual hay una lúcida discusión de la política anticíclica sueca e interesantes referencias —únicas en este volumen— a las causas estructurales de la crisis norteamericana.

Si los tres artículos restantes, de autores norteamericanos, son representativos de lo que pensaban los economistas de ese país entre los años 1934 y 1941, ofrecen sin duda una de las razones del fracaso del *New Deal*, y confirman de paso que seguían presentes aquellos fantasmas de economistas difuntos mencionados antes.

El tercer capítulo, titulado “Política fiscal e inflación”, es mucho más restringido de lo que el título indica.

En realidad, todos los artículos se refieren a diversos aspectos del problema de las presiones inflacionarias en la economía norteamericana durante los períodos bélicos. El único ensayo que no se refiere a los Estados Unidos es de J. M. Keynes, y no es en realidad un artículo sino que se trata del segundo capítulo de su libro *How to Pay for the War*. El artículo de mayor interés es de uno de los editores del volumen, el profesor Smithies. Titled "El comportamiento del ingreso nacional monetario en condiciones inflacionarias" y escrito en 1942, tiene interés y valor metodológico por ser uno de los primeros en utilizar los modelos de Keynes y de Tinbergen con el propósito de dar forma cuantitativa —pero siempre en el nivel teórico— a algunas de las interrogantes que planteaba el fenómeno inflacionario norteamericano.

El cuarto capítulo, que trata de la política fiscal en relación con la deuda pública y la política monetaria, es sin duda el más "provinciano" de todos, al extremo que sería necesario conocer con bastante detalle las instituciones financieras de los Estados Unidos para comprender algunos de los artículos. Los trabajos que no pertenecen a esta categoría son solamente dos. Uno de ellos, de James Tobin, es por contraste de un alto nivel de abstracción. La tarea que este autor se propone es: "... Demostrar que es improbable que la demanda de liquidez sea perfectamente inelástica con respecto a la tasa de interés..." El autor de la presente reseña, consciente de sus prejuicios en esta materia, prefiere no opinar respecto de la significación del artículo pero sí le parece que para hacerle un lugar en esta colección hay que estirar bastante la definición de política fiscal. El otro artículo, de G. L. Bach, es un interesante intento de dar forma explícita a los supuestos institucionales, políticos y teóricos que se requieren para que una determinada

política sea viable y efectiva. Su análisis de los obstáculos que enfrenta la formulación de una política cualquiera, sobre todo en términos de los grupos de interés que resultan lesionados, es estimulante porque no esquivo la consecuencia lógica de su análisis. Éste lo lleva en efecto a enfocar la atención sobre la distribución del ingreso, no desde el punto de vista del estéril análisis de libro de texto, sino desde el más significativo de la arena político-económica de los intereses de grupo. Desgraciadamente cuando se trata de sugerir alguna solución constructiva —y tal vez para asegurar la "viabilidad" de su artículo— el autor recae sobre la ingenua solución de los "mecanismos de reajuste automático" (*built-in flexibilities*) sugerida por Milton Friedman con la esperanza de evitar —entre otras debilidades humanas— las perturbadoras presiones de grupo. Pero como el mismo Bach reconoce que la "automatización" de la política económica tiene sus limitaciones (!), ¡propone nada menos que combinarla con una política de estabilización del nivel general de los precios! Por cierto que en esta nueva versión del limbo de la política económica el problema de la distribución del ingreso, que antes el autor había colocado en el primer plano, debe ceder su rol protagonista y para tal efecto se le hace desaparecer de escena inventando sobre la marcha una explicación *ad hoc*: ¡convencer a los grupos de interés que en el fondo sus verdaderos intereses son comunes!

El quinto capítulo, cuyo tema es la política fiscal y la estabilidad, es posiblemente el mejor logrado, aun cuando el enfoque de casi todos los artículos que contiene —diez en total— es esencialmente estático y está, por consiguiente, siendo rápidamente superado en la literatura contemporánea. Sin embargo, contiene artículos excelentes como el famoso de Haavelmo sobre los efectos multiplicadores de un pre-

supuesto en equilibrio, una buena discusión de A. G. Hart sobre la utilización y limitaciones de los modelos económicos como instrumentos para la elaboración de políticas económicas, un artículo de G. Colm cuya importancia reside en que llama la atención hacia el método de los presupuestos económicos nacionales tan en boga en los países noreuropeos en los años de postguerra y, finalmente, varios planteamientos de política económica de diversos grupos profesionales de economistas norteamericanos. Estos informes tienen gran interés porque revelan que la lección de la década de los años treinta tuvo una influencia saludable en el medio de esos economistas, pero también muestran que todavía en 1949-1950 no se reconocía la importancia fundamental que se asigna ahora al problema del crecimiento o desarrollo económico. Como en algunos de los capítulos anteriores, no podía tampoco, en éste, faltar un artículo —el de Lloyd W. Mints— que reflejara el “diálogo de sordo-mudos” de la controversia monetaria-fiscal que se ha venido desarrollando en los últimos años en los Estados Unidos.

El capítulo sexto trata de las cargas fiscal y de la deuda pública, e incluye un artículo muy importante. Es el de Evsey D. Domar sobre la carga de la deuda pública en relación al ingreso nacional. Éste es el primer artículo en que Domar utiliza una metodología dinámica, que aparte de su interés intrínseco, lleva a una brillante discusión del problema real de la carga de la deuda pública, es decir, de la magnitud *relativa* de esa carga.

El capítulo final, intitulado “Crecimiento económico y política fiscal”, consta de dos selecciones de libros de Schumpeter y Hansen. De este último se han reunido varios escritos que en conjunto constituyen probablemente una de las mejores exposiciones de su tesis del estancamiento secular. El trabajo de Schumpeter está tomado de su

libro *Capitalismo, socialismo y democracia*, y es un imaginativo ensayo sobre las perspectivas de la economía norteamericana en la postguerra y las posibilidades de mejoramiento social que esas perspectivas permitirían materializar.

El volumen cierra sus páginas con una impresionante bibliografía clasificada de artículos sobre política fiscal, que afortunadamente no compartió los criterios de selección de artículos y temas que prevaleció en la preparación del volumen que se ha comentado.

Lo que va escrito parece suficiente como comentario sobre lo que el volumen incluye. Pero también es necesario —si no comentar por lo menos enumerar— lo que se echa de menos.

Porque los temas ausentes son varios y fundamentales aunque como criterio se use la propia definición de política fiscal que se transcribió al comienzo de esta nota. Si se acepta que “el propósito central de la política económica es el análisis de los efectos globales de los gastos e ingresos públicos sobre el ingreso nacional, la producción y la ocupación”, es incomprensible que un volumen sobre política fiscal no incluya capítulos sobre las relaciones de ésta con la distribución del ingreso, con los problemas del comercio y pagos internacionales, con los gastos en seguridad social, y con el más importante de todos los aspectos de la política económica: el crecimiento económico de largo plazo. También llama poderosamente la atención que todas las discusiones relacionadas con políticas fiscales de expansión se presenten en términos de déficit presupuestales, cuando la tendencia del pensamiento moderno en la materia destaca la fundamental importancia del *nivel* del gasto público total.

Estas omisiones, y otras de menor trascendencia que no vale la pena especificar, son de naturaleza tan fundamental que limitan seriamente la

utilidad del volumen. Si se agregan a las deficiencias anotadas anteriormente, no se puede menos que concluir recomendando al presunto comprador de este volumen que antes de incurrir en el gasto realice un pequeño análisis económico de la conveniencia

de la compra. El análisis más apropiado sería en términos de la teoría marginalista, pues se trataría de comparar el precio con cantidades infinitesimales de utilidad marginal.

OSVALDO SUNKEL